

SUMARIO

Ideas alemanas acerca de la táctica. Influencia de la guerra Sud-Africana (continuación); pág. 289.—Napoleón jefe de ejército: Ulma (continuación), por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 292.—Cálculo de las pérdidas hipotéticas y su real substracción durante los simulacros de combate (continuación), por el general de división italiano E. Degiorgis, traducido por don N. Martínez Aloy, capitán de Infantería; pág. 295.—Ejército inglés (continuación); pág. 298.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 301.

Pliegos 117 y 118 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA (3.^a edición), por D. Joaquín de La Llave y García, coronel, teniente coronel de Ingenieros.—Pliego 5.

IDEAS ALEMANAS ACERCA DE LA TÁCTICA

Influencia de la guerra Sud-Africana

(Traducción de la *Revue Militaire des Armées Etrangères*)

(Continuación)

Entre estos ataques, poderosamente organizados, se extenderán líneas mucho más claras á través de las zonas descubiertas ó regiones neutras, tan desfavorables para el ataque como para la defensa.

Las grandes unidades atacan también *en línea de columnas*, á intervalos mayores ó menores, según la conformación del terreno, pero de modo siempre que su comandante en jefe pueda dejar sentir su acción sobre ellas.

Establecido ya este punto, preciso es entrar en la discusión de los procedimientos al detall.

En los comienzos del presente año y en una obra en la que campea el buen sentido, volvía á emprender Boguslawski, en conjunto, el estudio de las enseñanzas prácticas de la guerra sud-africana y resumía de una manera precisa los principios fundamentales y directores del combate de la infantería. Después de haber analizado, como lo hizo Lindenau, las principales batallas libradas en el Transwaal, daba la voz de alerta contra las «generalizaciones precoces.»

«Todo cambio—decía—debe estar basado en un examen profundo de la guerra y de sus factores, y no en la apariencia exterior de un hecho de guerra». Para dicho autor, la guerra sud-africana ha puesto de relieve, una vez más, la dificultad de los ataques en terreno descubierto.

»Pero estos ataques no son imposibles si se saben emplear juiciosamente las tropas y disponer el fuego.

»Las experiencias hechas é intentadas tienen por único objeto descubrir y determinar los mejores procedimientos al detall, y en nada modifican las ideas de conjunto sobre la táctica.»

He aquí como el autor juzga dichas experiencias:

Se preconiza—dice—las líneas claras de tiradores, la dispersión sobre un frente de cien metros, de grupos diez á doce hombres. Semejantes formaciones no pueden ser bien conducidas; no avanzarán; su fuego no tiene eficacia alguna.

Se pretende que dicha línea ó cadena podrá irse nutriendo progresivamente y que para ello habrá tiempo durante la acción. Esto es un error: lo más frecuente es que se imponga la necesidad de obtener rápidamente una decisión. Ejemplos: los sajones el 18 de Agosto; el segundo ejército en Sadowa.

Además: el refuerzo progresivo de la línea de tiradores entraña la mezcla y confusión de unidades y hace imposible el mando.

Es preciso desplegar desde el primer momento una línea de tiradores muy nutrida (el máximo de frente es de 150 metros para la compañía y 400 metros para el batallón). Esta línea es fácil que sufra mayores pérdidas; pero también las causará mayores al enemigo.

Acortar ó estrechar las distancias á la carrera, es imposible en verdadera campaña en que el morral pesa mucho y la gente está fatigada. Es imposible fijar de antemano la fuerza numérica de los grupos y la amplitud de los saltos, ó sea de las distancias que los grupos hayan de estrechar sobre el enemigo.

En cuanto á sustituir las voces de mando con gestos ó señales bajo el pretexto de no llamar la atención del adversario, es sencillamente un absurdo. Una voz tranquila y enérgica, ejercerá siempre gran influencia en la moral de los soldados.

Respecto á las reservas parciales ó sostenes, no está completamente demostrado que disminuyan sus pérdidas al desplegarse en línea de tiradores: los disparos del enemigo se dirigen de una manera uniforme contra toda la línea de fuego y barren todo el terreno colocado á retaguardia de ésta.

El despliegue de los sostenes en una segunda línea de tiradores á retaguardia de la primera, es muy expuesto, es decir, muy peligroso, porque en la primera ocasión desfavorable, romperá el fuego contra sus propios camaradas, fusilándolos por detrás.

Es preciso mantener estos sostenes ó reservas en columnas de compañía, y jamás se ha demostrado que esto sea impracticable.

Para el asalto de posiciones, Boguslawski preconiza la idea, que no es nueva por cierto, del fuego sobre la marcha que, según dice el autor, resulta tan eficaz á distancias cortas, como el fuego á pie firme en las grandes distancias.

Esta obra ha sido el tema de nuevas controversias. La tinta corre en oleadas por los puntos de las plumas de von der Boeck, de Caemmerer y de Scherff: la disputa se prolonga pero está singularmente localizada: se trata, punto más ó menos, del siguiente tema: ¿Es necesario ó no es necesario un orden normal? ¿Debe ó no debe encadenarse la iniciativa de los que obedecen?

Los adversarios, irreconciliables en este punto, están casi de acuerdo, según hemos visto, en los principios generales ó fundamentales del combate de la infantería. Todos ellos reconocen:

Que la decisión del combate por medio del fuego, sólo puede obtenerse merced á líneas densas.

Que en terrenos descubiertos, se producirá esta decisión á una distancia de mil á ochocientos metros del enemigo.

Que son necesarias las reservas parciales ó sostenes á retaguardia de la cadena ó línea de tiradores para rellenar sus huecos y mantener la intensidad de su fuego.

Que el ataque en terreno descubierto acarreará siempre grandes pérdidas y que, en cuanto sea posible, debe buscarse la decisión del combate en terrenos más favorables; pero que no por ello es imposible el ataque ni hay que exagerar imprudentemente sus dificultades.

En lo referente á los procedimientos que deben emplearse para la marcha *por saltos*, así como para el orden de formación de la reservas ó sostenes, las ideas son vagas todavía.

Unos pretenden que *los saltos* deben ser bastante cortos para que el defensor no tenga tiempo de abrir un fuego eficaz. Los asaltantes deben levantarse por pequeños grupos á una señal, franquear á la carrera una distancia como de treinta metros y aplanarse contra el suelo cuando empiecen á llover las balas.

Pero á esto arguyen los hombres experimentados que con tal procedimiento sería necesario hacer levantar y correr hacia el enemigo á los mismos hombres veinte ó treinta veces dentro de la zona decisiva de combate, y que no hay que pensar en ello. Todos cuantos han hecho la guerra conocen lo mucho que cuesta sacar una tropa de sus abrigo, por malos que éstos sean, para hacerla avanzar al descubierto.

Es, pues, necesario, no pensar en el avance de pequeñas agrupaciones aisladas.

No carece de interés leer hoy lo que, á propósito de esto, escribió un autor alemán poco después de la guerra de 1870, en época en que el tiempo no había borrado ni deformado aun los recuerdos. La observación pertenece al orden psicológico. Los progresos del armamento dejan intacto su valor.

«Se quiere prescribir la marcha avanzando *por saltos* sucesivos, y ejecutados pelotón por pelotón; pero ¿se ha reflexionado bien respecto á

las circunstancias reales que se presentarán en la guerra?

»¿Puede creerse que los pelotones avancen á vanguardia de una línea de tiradores que seguirá haciendo fuego por los flancos de dichos pelotones?

»Es creíble que los soldados avancen con seguridad viéndose aislados y oyendo silbar en sus oídos las balas disparadas por sus compañeros?»

Lo que se consideraba imposible hace treinta años, es lo que quisiera pedirse hoy á soldados menos aguerridos!

A propósito de los sostenes, la discusión gira desde Boguslawski, que los pide en columnas de compañía, hasta los partidarios de la nueva escuela, que los despliegan en línea de tiradores. Este último procedimiento es el que se ha seguido en las maniobras imperiales, aunque sin perder el carácter de ensayo; quizá no haya sido, después de todo, más que un acto de cortesía hacia los invitados ingleses.

(Concluirá)

NAPOLÉON JEFE DE EJÉRCITO

(Continuación)

U L M A

La orden antes citada, relativa al paso del Rin, dice substancialmente: Las divisiones de la reserva de caballería franquearán inmediatamente el río. El 25 de Septiembre, Nansouty deberá estar en Heidelberg, Klein en Bruchsal; este último marchará hasta Bretten tan pronto como haya llegado á Bruchsal la primera división de Soult.

Bourcier franqueará el Rin, el 25, por el puente de Kehl y se dirigirá inmediatamente hacia el norte, para proteger el paso del cuerpo de Ney; el 26, deberá hallarse en Durlach. Beaumont y d' Hautpoul pasarán igualmente en Kehl, el 25, muy de madrugada; el primero marchará en seguida sobre Offenbourg, el segundo sobre Oberkirch. Baraguey d' Hilliers, teniendo á sus órdenes á Walther, efectuará su paso en Neubrisach, el 25, y se dirigirá á Friburgo. El general Walther extenderá sus reconocimientos hasta Donaueschingen. El grueso del ejército seguirá á la masa de caballería.

La primera división de Davout pasará, el 26, por el puente de Mannheim, en donde Davout establecerá el mismo día su cuartel general; las demás divisiones cerrarán sobre la primera en Mannheim; la caballería marchará hasta Sinsheim.

La primera división del cuerpo de Soult franqueará, el 25, el puente de Germersheim; de allí marchará sobre Bruchsal, donde se establecerá el mismo día el cuartel general del mariscal Soult.

La primera división de Ney pasará el río, el 25, en Selz y se dirigirá á Rastadt, en cuya ciudad se hallará el 26 el cuartel general de Ney.

Finalmente, la primera división de Lannes franqueará el Rhin, el 25, por el puente de Khel.

Una vez efectuado el paso del río, el Grande Ejército ejecutará el movimiento siguiente:

Lannes, por la carretera del Kniebis, por Sand, Oberkirch, Freudens-tadt, Rottenbourg, Reutlingen y Urach, se dirigirá á Ulma, á donde deberá llegar el 9 de Octubre, para lo cual deberá emprender la marcha el 29 de Septiembre.

Ney marchará igualmente sobre Ulma por Durlach, Pforzheim, Stutt-gard, Esslingen, Gœppingen y Geisslingen, debiendo emprender su marcha el 27 de Septiembre, para llegar á Ulma el 7 de Octubre.

A Soult se le asignará la carretera de Aalen por Bruchsal, Bretten, Vaihingen, Ludwigsbourg, Schorndorf y Gmünd y deberá llegar á Aalen el 9 de Octubre.

Davout partirá el 29 de Septiembre; seguirá la carretera de Mannheim, Heidelberg, Sinsheim, Heilbronn, Oehringen, Hall y Ellwangen y llega-rá á Nordlingen el 10 de Octubre.

Bernadotte y Marmont saldrán de Würzburg el 30 de Septiembre ó el 1.º de Octubre, para llegar el 9 de Octubre á Weissenbourg.

El mismo día se dirigirán á Gmünd la Guardia, la reserva de caballe-ría y el gran parque de artillería.

En resumen, con arreglo á esta orden, el grueso del ejército debía franquear el Rhin, el 26 de Septiembre, entre Mannheim y Khel, con un frente de 110 kilómetros, precedido el 25 por las divisiones de la reserva de caballería, por las mismas carreteras. Estas divisiones habían de des-embocar á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra, y penetrar en ella en parte, no solamente para cubrir al ejército francés, durante el paso del Rhin, sino también para engañar al enemigo, respecto á las lí-neas de marcha del Emperador; porque, como ya hemos visto, el grueso del ejército no debía llegar de frente á la Selva Negra, sino apoyar en ella su izquierda, para rodear sus desfiladeros y llegar el 9 de Octubre á la línea Weissenbourg-Nœrdlingen-Aalen-Ulma.

Este empleo de la caballería puede citarse como modelo. El estudio de las campañas de los más grandes capitanes nos enseña que todos ellos comprendieron, en el mismo grado, la necesidad de emplear la ca-ballería en gran escala; sacar de ella todo el partido que se pueda. Como esta arma no se halla en su elemento si no dispone de espacio y veloci-dad; necesita también ser mandada por jefes que tengan un golpe de vista poco común, que sepan tomar rápidamente una decisión y no atiendan más que á lo esencial, preocupándose poco de lo accesorio y especial-mente de las grandes pérdidas á que pudieran exponerse. Es, en efectó,

evidente que una caballería llamada á prestar todo el servicio de que es susceptible, ha de encontrarse con frecuencia en situaciones, de que no podrá salir sin experimentar sensibles pérdidas.

«La caballería, ha dicho Napoleón, reclama audacia, habilidad, y sobre todo no estar dominada por el espíritu de conservación y de avaricia». (Memorias de Napoleón: Notas sobre la introducción á la historia de la guerra, etc.)—«No quiero, dijo también en el curso de esta campaña, que se economicen los caballos, cuando éstos puedan coger hombres». (A Lannes: Znaym, 18 de Noviembre, á las once de la noche).—«No se debe dar oídos á las quejas de la caballería; porque, cuando se puede alcanzar un fin tan importante como la destrucción de todo un ejército enemigo, el Estado puede muy bien perder algunos centenares de caballos muertos de fatiga. (Blücher á Yorck: Holstein, 31 de Agosto de 1813). Tal era la opinión de Gneisenau; sólo el nombre de Stuart demuestra todavía lo que puede hacer la caballería en un ejército mandado por un general como Lee.

La orden, que acabamos de exponer, no se refería al movimiento envolvente final; sino que tenía por objeto lanzar el grueso de las fuerzas francesas sobre la retaguardia del enemigo. Era más bien una orden para concentrar el ejército avanzando. En efecto, el Emperador ignoraba todavía que los austriacos habían de aventurarse tan lejos de su país, sin aguardar la llegada de los rusos. Sea de ello lo que se quiera, esta primera orden revela ya claramente la intención manifiesta del Emperador de atacar con todas sus fuerzas el ala derecha del enemigo.

Pero al día siguiente de esta orden, el Emperador supo por telégrafo que los austriacos habían franqueado el Lech. Después recibió, el 20, una carta de Murat, fechada el 15, en que le enteraba de que el enemigo se acercaba á Ilma. En su consecuencia, modificó ligeramente sus líneas de operaciones. Davout se dirigiría de Mannheim á Nœrdlingen por Heidelberg, Neckarelz, Ilzhofen y Dinkelsbühl; Soult franquearía el Rhin en Spira y marcharía sobre Aalen por Sinsheim, Heilbronn, Oehringen y Hall; Ney lo pasaría en Pforz y tomaría la carretera de Giengen, por Durlach, Pforzheim, Stuttgart y Gmünd; por último, Lannes dejaría en Rottenbourg la carretera del Kniebis y se dirigiría á Gœppingen, por Tübingen, Grœtzingen y Nürtingen. En suma, vemos que los diversos cuerpos disminuyen sus intervalos y que la dirección general de la marcha está orientada más á la izquierda; la idea del movimiento envolvente se manifiesta desde entonces con más claridad, y como el enemigo se halla ya más cerca, se ha cuidado de tener presente la necesidad de una concentración más rápida de todo el ejército.

El plan del Emperador se manifiesta mucho más claramente aún en una pequeña nota manuscrita que redactó entonces para su propio uso. Desgraciadamente no está fechada; pero debió de haber sido escrita la

vispera del paso del Rhin, ó sea del 22 al 24 de Septiembre, y es como sigue:

	28 de Septiembre	6 de Octubre	9 de Octubre	16 de Octubre
Bernadotte. . .	Würzburg. . .	Ansbach. . . .	Nuremberg. . .	Ratisbona.
Marmont. . . .	Id.	Id.	Id.	Id.
Davout.	Mannheim. . .	Mergentheim .	Ansbach. . . .	Dietfurt.
Ney.	Selz.	Crailsheim. . .	Weissenbourg	Ingolstadt.
Lannes.	Estrasburgo. .	Gmünd.	Nœrdlingen. .	Neubourg.
Soult.	Landau.	Aalen.	Donauwœrth. .	»

Aquí vemos que el Emperador calculaba un movimiento envolvente de más amplitud, porque sin duda admitía que los austriacos, una vez enterados de su aproximación, no habian de permanecer inmóviles, sino que se replegarían y que, por consiguiente, tendría que trasladar la extremidad de su curva más al E. para desbordarlos y cortarles la retirada. Entre tanto, nada se cambió sin embargo en las órdenes anteriormente dadas.

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE



CÁLCULO

DE LAS PÉRDIDAS HIPOTÉTICAS Y SU REAL SUBSTRACCIÓN DURANTE LOS SIMULACROS DE COMBATE

POR EL GENERAL DE DIVISIÓN ITALIANO E. DEGIORGIS

(Continuación)

La capacidad de las cabezas se manifiesta:

a) *antes del simulacro*: con el previo examen de los propios subordinados, elementos específicos de la operación, deduciendo racionalmente del mismo la norma de maniobra y las más oportunas disposiciones ejecutivas;

b) *durante el simulacro*: con el desenvolvimiento racional y apropiado de la operación, teniendo en cuenta todas las circunstancias, y con corregir los errores de los inferiores;

c) *después del simulacro*: con la crítica juiciosa y oportuna.

Todo esto se hace, más ó menos, también ahora; empero la ausencia de pérdidas en los efectivos arrastra á los jefes, en muchas ocasiones, á actos irrazonables, é impide que las tropas se den cuenta de los altos, de las retiradas, de los ataques y de los contraataques ejecutados durante la operación.

Por el contrario, interviniendo el elemento *pérdidas*, todo eso, que ahora permanece para la tropa casi en estado nebuloso, aparecerá evi-

dente, acreciendo con ello: en los que mandan, el estímulo á favorecer; y en los que obedecen, la estimación y la confianza en los propios jefes, de quienes comprenderán y apreciarán mejor las sabias y oportunas disposiciones, participando así de su ejecución con mayor actividad y mejor buen deseo.

El n.º 2 del suprimido anexo N.º 2 al reglamento de ejercicios recomendaba que no se emprendiesen maniobras con tropas enervadas por anteriores fatigas, ni se prorrogase con exceso la maniobra, en detrimento de su objeto instructivo. Considero que esta recomendación debiera observarse siempre, porque precisamente los simulacros carecen de su principal característica: la verosimilitud. Mas, introducido el elemento *pérdidas*, el objetivo del simulacro subsistiría *aun con tropas fatigadas*; porque, teniéndose entonces en cuenta precisamente el cansancio de la tropa, ésta y los cuadros sacarían la siguiente enseñanza: que una fuerza cansada sufre pérdidas mayores y las causa, á su vez, mucho menores al adversario, por operar precisamente en condiciones *peores* que una tropa descansada.

En cuanto á la *duración* del simulacro, será una consecuencia de la energía del adversario; pero cualquiera que sea la fase en que aquél haya de interrumpirse, se obtendrá siempre para los cuadros y tropa una enseñanza útil, por no ser raros, en la guerra verdadera, los ejemplos de combates que han durado un día entero y aun varios días consecutivos; y bueno es que una infantería vea y palpe los resultados que pueden obtenerse de una defensa enérgica así como los esfuerzos que sean necesarios para alcanzarlos.

Generalmente también, se recomienda el amaestramiento de la tropa en la acción ofensiva y en la *contraofensiva en momento oportuno*. Con el elemento que venimos preconizando, surgirá natural y espontáneo ese incitamiento á la maniobra contraofensiva, la cual, con las armas modernas, no dudo que será la más pródiga en buenos resultados. Una tropa que haya permanecido en actitud defensiva, oportunamente cubierta, sea por obstáculos naturales, sea por defensas improvisadas, de modo, no obstante, de obtener la máxima eficacia de su fuego, experimentando el menor número de pérdidas y causando las mayores posibles al enemigo (pérdidas, estas últimas, que se pondrán precisamente de manifiesto *con la disminución del atacante*), verá llegar el momento en que, consciente de la propia superioridad, le convendrá abandonar la defensiva para proceder á una enérgica contraofensiva, en condiciones favorables y con grandes probabilidades de éxito.

Pero en los simulacros al día, si el que está á la defensiva, aun habiendo puesto gran esmero en cubrirse y en sacar el mejor partido de su propio fuego, ve al atacante avanzar alegremente, *con los propios efecti-*

vos intactos, hacia las posiciones defendidas, cómo y cuándo podrá sentirse racionalmente inducido á intentar la acción contraofensiva?

Si, tras una lucha de fuego, dos infanterías adversarias conservan aún los propios efectivos intactos, me parece que no hay razón para que se altere el carácter de la maniobra respectiva. El que ataca no tendrá motivo alguno (en aquel punto del frente de batalla) para sentirse menos dispuesto á la ofensiva, y el que se defiende carecerá, por el contrario, del menor estímulo que lo lance á la contraofensiva, salvo que intervenga algún error por parte del adversario. Mas la cosa cambia de aspecto cuando al fuego simulado se le da la eficacia que tendría realmente en la guerra.

El fuego de una fracción de infantería que opera á la ofensiva es, *en general*, menos eficaz que el de la infantería que se mantiene á la defensiva: 1.º por practicarse desde paradas sucesivas, ocupadas tras saltos recorridos á la carrera, en las cuales, aun suponiendo que pueda establecerse con exactitud la distancia, falta casi siempre una posición cómoda y poco expuesta para el tirador; 2.º porque el objetivo que presenta una fuerza que *por necesidad* está á la defensiva es mucho menor que el que ofrece una tropa que avanza á la ofensiva, la cual tropa presenta, especialmente en los saltos, el máximo blanco; 3.º porque la tropa que procede á un ataque debe economizar las municiones, precaución á que no viene igualmente obligado el que está á la defensiva, si para ella está oportunamente preparado.

En consecuencia, si el fuego es conducido, dirigido y ejecutado con igual precisión por entrambas partes, sucederá que las pérdidas de la infantería atacante serán, en proporción, mayores que las de la infantería que se defiende; por lo cual, á poco que se prolongue el combate, podrá ocurrir que, en un momento dado, las fuerzas de los bandos puestos frente á frente se equilibren y entonces, pudiendo ser contenido el atacante, se presente la oportunidad de la contraofensiva. Empero para que este desenvolvimiento, natural de un acto de guerra, se realice igualmente en el simulacro, es indispensable que se introduzca el elemento *pérdidas*.

El último reglamento, de febrero de 1892, dice (pág. 105), al hablar del despliegue para el combate:

«En la acción ofensiva importa proseguir la marcha sin interrupción, aun en la zona de fuego de la fusilería enemiga, *hasta tanto que éste, por las pérdidas que ocasione, oblique á romper el fuego con una parte de las fuerzas, á la cual corresponde hacer posible el avance hasta el límite de las distancias cortas, en el que convendrá que el batallón, nutrido y potente, ponga en acción todas sus fuerzas para desbaratar; con fuego intenso, al adversario.*»

Ahora bien; cómo se podrá prejuzgar que las pérdidas obligarían a suspender el avance, si éstas no existen? Ni, cómo han de establecerse, cuando acerca del particular no existe norma alguna que regule la intensidad y la disminución de los efectivos, durante los simulacros?

Más adelante, en la página 107, el reglamento mencionado dice:

«Las compañías designadas para el despliegue se dirigirán al punto del frente que se les haya designado, permaneciendo en orden cerrado ó disponiéndose en el disperso según lo aconsejen las circunstancias ó lo exijan los efectos del fuego enemigo.»

Luego si esos efectos del fuego enemigo no se perciben durante los simulacros, cómo se podrá deducir de ellos el necesario consejo?

Traducido por

(Continuará)

N. MARTÍNEZ Y ALOY,

Capitán de Infantería.

EJÉRCITO INGLÉS

(Continuación)

«En el ejército inglés hay dos clases de reserva: la primera de individuos que están obligados á servir en todos los territorios, y la segunda solo en el Reino Unido. Esta última está ya casi extinguida.

La primera la constituyen los individuos procedentes de filas; los reenganchados, que adquieran nuevo compromiso para servir en las reservas y los redimidos de algunos años de activo. En esta reserva todos sus individuos son llamados anualmente á un periodo de 12 días consecutivos de instrucción, ó 20 días de ejercicio, excepto los que, con arreglo á la ley de reservas de 1898, el gobierno puede llamar á filas por un periodo de 12 meses, y cuyo número no ha de exceder de 5.000.

El efectivo total de las diferentes secciones de que se compone la reserva, es de 80.000 hombres.

Los reservistas en caso de invasión ú otro peligro nacional, pueden ser llamados á filas, permaneciendo en ellas todo el tiempo de su compromiso y un año más, y si la campaña fuese en el exterior, seguirán en la unidad ó cuerpo á que pertenecen hasta que el gobierno disponga. No pueden residir fuera del Reino Unido, y si sólo viajar por el extranjero de una manera transitoria.

Existe además la milicia *general ó regular* y la *local*, pero esta última no se recluta desde 1815.

La primera debe reclutarse por sorteo, pero en la práctica se nutre con voluntarios, como el ejército regular.

Los enganches se admiten desde los 18 á 35 años, y por un periodo de 6 años como máximo. Los licenciados del ejército activo son admitidos hasta la edad de 45 años.

Al terminar el primer periodo de enganche, puede renovarse éste por otro de 4 años.

Los individuos que ingresan en la milicia, á excepción de los procedentes del ejército activo, reciben la instrucción militar durante 56 días, asistiendo después, en sus cuarteles, á los ejercicios anuales, cuya duración es de 21 á 28 días.

Cada individuo percibe un premio de seis libras esterlinas, pagadas en dos plazos, el primero en el momento del enganche y el segundo á la terminación de los ejercicios anuales. El vestuario, equipo y armamento es de cuenta del Estado. Las condiciones físicas que deben reunir los milicianos son las siguientes:

ARMAS	TALLA	Amplitud torácica	EDAD
Infantería.	1 m., 620	0 m., 800	} 18 á 35 años
Artillería.	1 m., 670	0 m., 825	
Ingenieros.	1 m., 645	0 m., 800	
Otras armas ó cuerpos. . .	1 m., 595	0 m., 800	

El reenganche da derecho á un segundo premio de 9 libras.

La milicia tiene su reserva que sirve más bien para nutrir el ejército regular que á dicha milicia; está compuesta de individuos de 19 á 34 años de edad, que están obligados á asistir á un periodo de instrucción de 56 días; unos y otros en tiempo de guerra se incorporan como los reservistas del ejército regular á las filas de éste.

El reclutamiento de la milicia de las Islas del Canal, difiere esencialmente del resto de la metrópoli, pues tiene por base, el servicio obligatorio. Están obligados á servir los hombres útiles desde 19 á 60 años de edad. Desde los 20 años tienen un periodo anual de instrucción de nueve días. Si las unidades de activo no se hallan al completo de su fuerza, los milicianos sirven en ellas, y si no, permanecen en primera reserva de esta milicia hasta los 45 años, y el resto hasta los 60 en segunda reserva.

El efectivo de la milicia, como el del ejército activo, se fijan anualmente por el Parlamento. Los enganches anuales en la milicia no son suficientes, como tampoco en el ejército activo, para cubrir el efectivo votado por las Cámaras.

La organización de los cuerpos de voluntarios, que existen solo en Inglaterra y en Escocia, se rige por un reglamento aprobado en 1887.

Los voluntarios ingleses deben tener de 17 á 50 años de edad; se visitan, equipan y arman á sus expensas, y se dividen en dos clases: instruidos y no instruidos. Los instruidos, *efficients*, son los que justifican, mediante exámenes reglamentarios, poseer cierto grado de instrucción militar y obtienen cierto grado de aptitud. El Estado paga á cada cuerpo una cantidad anual de 48 á 75 francos por plaza. El número de éstas se

fija anualmente en presupuesto, alcanzando en 1902, la cifra de 298.726.

El número de los *non efficients* ó sin instrucción, es variable.

Los voluntarios no están obligados á servir en el exterior y su tiempo de servicio es ilimitado. Están obligados á asistir á los ejercicios, pero muy pocos días, y particularmente á los de tiro, quedando sujetos á las leyes militares durante tales periodos. Estas fuerzas no pueden utilizarse, en los trastornos interiores, como sostén del poder civil.

En el mes de Junio último se creó una sección especial de voluntarios que adquieren el compromiso de servir en las fortalezas de la Gran Bretaña en caso de guerra. Usan distintivo especial y tienen ventajas pasivas.

The Yeomanry Cavalry, es un cuerpo montado de voluntarios, reclutado entre elementos escogidos en los diversos distritos, bajo la inspección del jefe del regimiento correspondiente, y se reúne para ejercicios y maniobras de 6 á 14 días anualmente. Puede movilizarse en caso de invasión ó rebelión en el interior, pero para el exterior tiene que ser á voluntad propia; los caballos tienen que costeárselos por sí, pero se les pasa una gratificación para su sostenimiento; durante sus prácticas reciben sueldo y están sujetos á las leyes militares. En general se enganchan por 3 años los reclutas y los licenciados de otras armas menores de 45 años de edad.

Los reclutas deben reunir las condiciones siguientes: 17 á 35 años de edad; 1 m., 595 de estatura y la capacidad torácica exigida á los de cuerpos montados.

El resultado del reclutamiento presentado á las Cámaras últimamente, contiene los siguientes datos:

Se engancharon durante el año:

	Hombres
En el ejército regular.	50.753
En la yeomanry.	8.845
En la milicia.	41.486
Total.	101.084

Los efectivos, incluyendo generales, jefes y oficiales, que han servido de base para el presupuesto de 1902-903, se distribuyen en la forma siguiente:

	Hombres
Ejército permanente (regular de la metrópoli, inglés de la India, de las colonias y cuadros permanentes de las fuerzas auxiliares (1)	294.028
Reserva del ejército regular.	80.000
Fuerzas auxiliares (milicias y su reserva, yeomanry y voluntarios).	562.422
Total.	936.450 (2)

(1) Estos cuadros tienen 672 jefes y oficiales, y 6.578 clases é individuos de tropa en activo.

(2) El propuesto por el gobierno á las Cámaras en 1903-904 es:

No se incluyen las tropas regulares é irregulares indígenas de la India y de las colonias.

(Continuará)

VARIEDADES

LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

CAPÍTULO XI

De cómo el teniente Wittich es comparable á Caton el Censor, y de cómo los soldados dan una alborada al teniente von Bünau

A medida que tocaba á su término el período de instrucción de la compañía, se iba poniendo más nervioso, más tétrico y más severo el carácter del capitán Rommel. Todos los días, mañana y tarde concurría éste á la plaza de armas, y su mayor satisfacción hubiera sido la de hacer maniobrar á sus soldados hasta una hora avanzada de la noche, cosa que hubiera hecho á no temer atraer sobre sí el disgusto de sus jefes. El capitán Rommel contaba veintitres años de servicios y estaba á punto de ser nombrado mayor. Su suerte dependía, en gran parte del resultado de la inspección de su compañía. Si sus soldados maniobraban mal el día de la presentación y si el coronel no quedaba satisfecho, tendría suspendida sobre su cabeza la espada de Damocles, es decir, se encontraría expuesto á que le diesen el retiro forzoso. Muchos de sus compañeros habían fracasado ya cuando creían estar tocando el empleo inmediato; no es, pues, extraño que desplegase tanta actividad y que se mostrase tan exigente, pues lo hacía tanto por sí como por sus subordinados. No eran únicamente los individuos de tropa y los suboficiales los que tenían que sufrir, en aquel pícaro período las nerviosidades del capitán Rommel

Ejército permanente	310.211
Reserva del ejército regular.	70.000
Fuerzas auxiliares.	564.228
Total.	944.439

Tales efectivos, calculados como máximum, sufren, debido á las deserciones, bajas considerables, llegando el año último al 8,5 por 100 en el ejército regular y el 8,9 por 100 en la milicia.

y lo riguroso de su conducta, sino hasta los mismos oficiales, y muy en particular el teniente Wittich, quien durante aquella fase importantísima de la instrucción, recibió más de un cumplido poco halagüeño, por efecto de sus extrañas é incomprensibles distracciones y de su aturdimiento.

—Señor teniente!—se oía decir de un extremo á otro por la plaza de armas cuando el teniente Wittich dejaba de ocupar el sitio que le correspondía en una conversión ó en un despliegue.—Señor teniente! Es verdaderamente lastimoso veros vagar como alma en pena! Señor teniente! marchais en una dirección perfectamente equivocada: si no sabeis lo que os corresponde hacer, cómo quereis que yo se lo exija á los soldados? Señor teniente! dejadme ocupar vuestro sitio ¡voto al demonio!

Es indudable que se había operado en el joven oficial un cambio ostensible, cambio que había sido notado por sus compañeros, quienes le habían puesto el apodo de *Caton el Censor*.

El teniente Wittich tenía realmente el aspecto del hombre que en vano busca la solución de un problema complicado: permanecía largos ratos en medio del alegre círculo de sus compañeros con el semblante ceñudo y la mirada fija y pensativa, y si en aquellos momentos alguien le dirigía la palabra, se sobresaltaba como si despertara bruscamente de un sueño, y miraba en torno suyo con ojos extraviados. La sortija de la señorita Elisa y el haberle dicho ésta que aquella joya era un obsequio que le había hecho el mosquetero Horn, eran, en gran parte, la causa de las distracciones á que se hallaba sujeto el teniente Wittich. No cesaba de pensar, ni un sólo momento, cómo el mosquetero Horn, ó más bien su madre, habían podido entrar en posesión de aquella sortija que, después de todo, no podía menos de provenir de un miembro de la familia de su tío el señor von Nöring, ó de este mismo directamente. La señora Horn, madre del soldado en cuestión, y Beatriz Hening, antigua querida de su tío, serían, acaso, la misma persona, ó no habría en todo ello más que un encadenamiento de circunstancias debido á la casualidad? Sin embargo, era muy difícil admitir que la señora Horn, mujer de un funcionario municipal, hubiera sido el objeto del amor del caballero rural von Nöring; mucho más probable era que ella hubiese comprado la fatal sortija.

La suposición de que el señor von Nöring cuando joven, ó cualquiera otra persona de su familia hubiese vendido la sortija en un momento de apuro pecuniario, era verosímil y no tenía nada de extraordinario. Sin embargo, cada vez que el joven oficial conseguía tranquilizarse por medio de estos razonamientos, no tardaba en ser asaltado de nuevo por la duda. La semejanza, la admirable semejanza que, según manifestación de su tío von Nöring, existía entre el mosquetero Horn y Beatriz Hening, de una parte, y de otra la sortija que Horn había heredado de su madre, sortija blasonada con el escudo de armas de la familia von Nöring, no

eran más que una casual coincidencia? no eran, más bien, el resultado de hechos y de circunstancias lógicamente encadenadas?

El joven oficial caía en un estado febril cada vez que pensaba en su futura suerte, caso de existir relación directa entre el nacimiento del mosquetero Horn y el pasado de su tío von Nöring: le turbaba profundamente la idea de que aquel tío á quien tenía que heredar, pudiera encontrar un día á su hijo, y luego reconocerlo y adoptarlo.

La incertidumbre en que estaba acerca de este asunto tan preñado de consecuencias para él, le atormentaba horriblemente y en más de una ocasión estuvo á punto de llamar á su casa al mosquetero Horn para preguntarle qué apellido tenía su madre y si él era en realidad hijo del antiguo funcionario municipal apellidado Horn; pero nunca se atrevió á llevar á cabo tal propósito.

En el caso de que adquiriese la certidumbre absoluta de que la semejanza, el parecido de Horn con aquella Beatriz Hennig que tan gran papel había desempeñado en la vida de su tío, no era una simple casualidad y que el mosquetero era el hijo natural del señor von Nöring, qué línea de conducta debería él seguir?

No sería para él cuestión de honor y de delicadeza participar á su tío aquel descubrimiento de tanta importancia en si mismo? Por el pronto, aun podía tomar como excusa ante su propia conciencia, la consideración de que nada sabía de cierto: para qué, pues, inquietar á su tío con meras suposiciones que tal vez el tiempo descubriera que estaban desprovistas de fundamento? En consecuencia de estas reflexiones, se abstuvo, en lo sucesivo, de indagar nada: el descubrimiento de la verdad no hubiera hecho más que ponerlo en la cruel alternativa de hacerse culpable de ingratitud y de egoísmo para con su tío ó de destruir con sus propias manos la cómoda situación en que se encontraba.

La presentación de la compañía al coronel debía hacerse ya muy pronto cuando el teniente von Büнау celebró el trigésimo aniversario de su nacimiento. Dicho oficial saltó rápidamente del lecho cuando entre seis y siete de la mañana escuchó al pie de las ventanas de su habitación, que daban á un patio, las acordadas voces de un cuarteto, cuya letra, de circunstancias precisas en aquel momento, era la antigua canción militar que empieza así:

«Treinta años tienes apenas»

El oficial, de tal manera despertado, se preguntó en el primer instante si aquella alegre alborada era dirigida á él ó á cualquiera otro habitante de la casa; pero habiéndose puesto rápidamente una bata para mirar desde la ventana, descubrió los conocidos semblantes de algunos soldados de su pelotón, entre ellos, los de Horn, Kutschbach, Rühl y Westphal, quienes dando rienda suelta á sus sentimientos más íntimos, se

habían reunido para dar una alborada á aquel jefe tan querido y tan venerado por todos.

A aquella primera canción siguió la solemne melodía:

«Son los días del Señor...»

Luego entonaron los cantores con vigoroso entusiasmo la hermosa canción militar cuyas bellas y sublimes estrofas traducían de una manera exacta el sentimiento que á todos inspiraba y hacía latir sus corazones:

 Todos somos hoy soldados
 como sabe el mundo entero,
 y compañeros de armas
 ligados por lazo estrecho...

Al teniente von Bünau le conmovió gratamente aquella prueba de atención y de cariño que le daban sus soldados; la letra de la primera canción tan felizmente elegida por ellos, hirió sus más delicadas fibras, é hizo seña á los soldados, que eran doce, para que subieran. Así lo hicieron estos, y Scharff en lenguaje sencillo y en nombre de todos, expresó á su jefe los sentimientos que les animaban por su felicidad.

El teniente von Bünau estrechó efusivamente las manos de todos, y les dijo

—Me habeis causado una grata sorpresa y me habeis dado un placer, sobre todo, con la última canción, cuya letra se adapta perfectamente á nosotros y expresa por manera exacta las relaciones que existen entre vosotros y yo: sí, todos somos soldados, todos somos compañeros de armas ligados por estrecho vínculo. Así es, y así será siempre. Cantadme otra vez esa última estrofa—y señalando con el dedo el piso y el techo de la habitación, prosiguió—pero en atención á mis vecinos, cantadla en voz más baja.

Los soldados la cantaron de nuevo con verdadera satisfacción empezando en tono *pianissimo*, siquiera les costase mucho trabajo moderar su voz y su entusiasmo.

—Bien, muy bien—les dijo el teniente cuyo rostro estaba radiante de alegría—Os doy la más expresivas gracias: habeis cantado divinamente, y ahora, juradme que os acordareis siempre de esos versos sublimes y que á su sentido ceñireis siempre vuestros actos: «Defender la patria cuando la amenace algún peligro, y ser el escudo de la nación y del trono hasta el borde de la tumba».

(Continuará)

